

En la galería Soledad Lorenzo, Juan Ugalde apuesta de nuevo por los formatos grandes y la mezcla de técnicas, una obra que se centra en lo que ocurre «allí donde la gente no se conecta»

Juan Ugalde: «Me planteo las técnicas como herramientas que pueden mezclarse entre sí»

RECONOCE Juan Ugalde (Bilbao, 1958) que con esta nueva exposición en Madrid ha experimentado cambios: los temas se han acotado; el autor se ha centrado en el laboratorio fotográfico; el color se esconde entre el blanco y negro o estalla en los recién incorporados azulejos; se recupera el vídeo para una deliciosa pieza... Nada mejor que perderse por las salas y seguir buscando las claves y sorpresas que ha preparado el artista vasco.

—La muestra se titula *Disconnecting People*. ¿Eso es una amenaza o un estado de ánimo?

—El título es resultado del reciclaje del eslogan *Connecting People*, que de alguna manera creo que es el espíritu de los tiempos que vivimos: la idea de conexión, conexión, conexión, no sólo a nivel telefónico, sino en todos los ámbitos. Me gustaban las palabras conexión-desconexión, pues las relacionaba con la idea de enchufar máquinas, desconectarlas... El título es como una broma. Siempre he trabajado con eslóganes. El de *Connecting People* es el resultado del momento, imbuido en Internet, en la publicidad, en la obsesión por la globalización... La muestra abogaría por la filosofía de la desconexión, la de estar en contra, desde un punto de vista humorístico.

—¿Cómo define sus cuadros: son espejos de la realidad, agujeros negros que todo lo absorben, telediaris de guerrilla urbana?

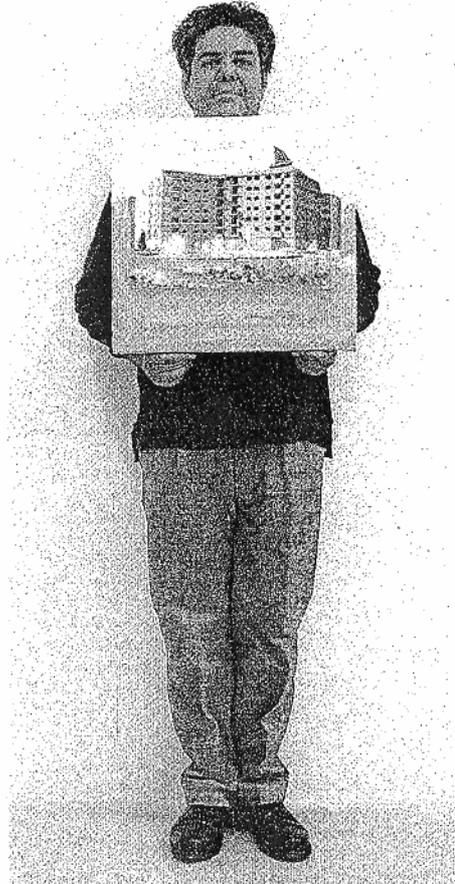
—Yo los defino como malabarismos, como si cogieras tres pelotitas e intentaras mantenerlas en el aire. Una sería la fotografía, que es la realidad; otra la pintura, con una función muy específica, y la última, el *collage*. En todo eso hay una narración y una no-narración. Intento encontrar el equilibrio con la realidad, que en este conjunto es esa parte que normalmente no queremos que se vea y que la publicidad no representa. La pintura se encarga de sacar la realidad de su sitio y fantasear con ella. El punto de *collage* establece una narración con el espectador, abierta a lecturas y sugerencias muy variadas.

—¿Qué es lo que le interesa de la realidad?

—Ahora mismo me interesa mucho el tema de la basura: la televisión basura, la comida basura, el urbanismo basura, los centros comerciales basura... Creo que estamos atravesando un momento basura, que es un nuevo fenómeno. Siempre ha existido un cierto tipo de cosas más baratas, pero ahora tendemos a vivir en la basura y ser basura. Luego, en el sentido más real, el desecho de esta sociedad basura pasa a nuestro ciclo vital sin que la gente sea consciente. El artista siempre está viendo una realidad y actuando en función de ella inconscientemente, pues tampoco es el suyo un discurso político. Simplemente te encuentras unas situaciones y vas trabajando sobre ellas como puedes, porque no tienes ninguna varita mágica, ni vas a llegar a ningún lado. Es un testimonio más.

—¿Está seguro de ser un pintor o un cronista?

—Yo creo que los cronistas sociales son pintores: los hombres de Altamira no pintaban flores; pintaban bisontes. La Historia del Arte ha reflejado los periodos de guerra y los de paz. Cuando ha habido que pintar enanos, pues se han pintado. El arte ha ido reflejando la vida. Luego, lógicamente, cada artista tiene su punto de vista. No creo que se pueda «desconectar» de lo que está pasando. No eres un cronista como pueda serlo un periodista, sino como alguien situado más lejos. No vas tanto al sujeto diario como al «qué pasó después». Pero tampoco es algo que pre-



Gonzalo Cruz

tendo. Llevo más de veinte años trabajando y ha ido saliendo. Según vas dando pasos puedes ir matizando más.

—Pero, ¿se define como pintor? La foto o el vídeo cada vez ocupan más su creación.

—No me considero pintor. Me considero una persona que trabaja artísticamente con distintas herramientas. Para mí la pintura es una más, una herramienta con unos valores muy específicos y muy difícil, pues llevamos veinte siglos con ellos y es complicado hacer algo nuevo. Pero mezclándola con las nuevas herramientas que nos dan las tecnologías —la fotografía, el vídeo—, se abren las posibilidades. Me planteo las técnicas como herramientas que pueden mezclarse entre sí. Yo empecé como pintor, pero llegué a un punto en el que tuve que plantearme cómo iba a ir a la M-30 y pintar un cuadro. Me horrorizaba tener que llevarme el caballete y pasarme una semana allí, así que comencé a sacar *plotters*, las fotos empezaron a entrar en los cuadros...

—La muestra encierra una sorpresa, el vídeo, aparentemente sin conexión con las pinturas.

—El vídeo es un contrapunto; es como todo lo contrario para volver a ser lo mismo. En él queda regis-

trado un río fluyendo. Se trataba de abordar el tema desde otro punto de vista, con otra herramienta, si se quiere. Me parecía importante equilibrar ideas que encajan entre sí, aunque sean distintas. Sin embargo, en cuanto al vídeo, yo considero que estoy en una fase experimental. Llevo años haciendo cosas con él, pero estoy arrancando. Aún lo tengo como un *hobby*; voy trabajando y voy mostrando lo que hago, pero ya veremos por dónde sigo.

—Dice la crítica que su uso de elementos de lo cotidiano es lo que le permite «conectar» cómodamente con el público. ¿No puede suponer eso una lectura superficial de la obra?

—No lo creo. Al menos yo intento que el trabajo lo entienda todo el mundo. La especialización, a ciertos niveles lingüísticos, es algo que está ahí, y que yo intento, no tanto que guste, sino que se pueda entender. Para mí no supone un problema. Se hace lo que se puede. Además, tú intentas ciertas cosas y luego la gente, el público lo recibe a su manera...

—Quizás es que el arte tampoco tiene por qué ser serio

—Desde luego yo intento crear siempre un punto de humor, aunque trate temas fuertes.

—Son muchos los años que llevan diciendo que se está haciendo más serio.

—No sé, según. ¡Hombre!, la obra de los ochenta era una cosa algo más enloquecida, mucho más de color. Probablemente, sí, ahora soy más serio.

—¿Qué ha ocurrido con ese color?

—Puede parecer que aparentemente los cuadros no tienen color, pero sí que tienen muchísimos matices. Trabajo mucho el color; aunque la gente se fije sólo en el blanco y negro. Hay muchos amarillos, verdes, rojos, a los que se une ahora la novedad de los azulejos que vienen a sustituir a los trozos de tela que antes cortaba y pegaba. Ellos incluyen la idea del brillo que a mí me recuerda a los sesenta, que es un poco cuando crecí, la época de la modernidad, del colorín, del pop. Su mezcla con el blanco y negro me funciona como contrapunto entre lo que pensábamos que iba a ser el futuro y lo que es, donde el blanco y negro funciona incluso como una imagen del pasado. No se sabe si es pasado o presente.

—En uno de los textos del catálogo de su última exposición, *Parques naturales (Patio Herre-rano)* se señalaba que se vislumbraban cambios en su obra que podrían materializarse en su próxima cita. Esa cita ya ha llegado. ¿Y los cambios?

—Yo creo que esta exposición es un ámbito de cambios importantes. No es que haya cambiado profusamente, pero ha aparecido el desenfoque en la fotos; los temas se han acotado más o los he seleccionado de otra manera; varía la óptica; antes había más escenas callejeras, más gente... He cambiado cosas que quizás sólo yo perciba. No sé por dónde voy a seguir. Por otro lado, también me he ocupado más de trabajar las fotos en el laboratorio, que antes eran como de revelado automático. Me he puesto a hacer con ellas «gamberradas», lo que me ha llevado a trabajar de otra manera.

Javier Díaz-Guardiola

Juan Ugalde. *Disconnecting People*

Galería Soledad Lorenzo. Madrid. C/ Orfila, 5
De 1.350 a 29.000 euros. Hasta el 11 de octubre